



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Breña, Roberto

Pretensiones y límites de la historia : la historiografía contemporánea y las revoluciones hispánicas



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Breña, R. (2009). *Pretensiones y límites de la historia : la historiografía contemporánea y las revoluciones hispánicas*. *Prismas*, 13(13), 283-294. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1825>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Pretensiones y límites de la historia

La historiografía contemporánea y las revoluciones hispánicas

Roberto Breña
El Colegio de México

Los historiadores están abiertos –o deberían estarlo– a las diversas maneras de organizar el conocimiento... En una misma narración podemos ser rankeanos, marxistas, freudianos, weberianos o incluso posmodernos, en la medida en que estos modos de representación nos aproximen más a las realidades que tratamos de explicar.

John Lewis Gaddis

I. Panorámica de un prolongado debate sobre el estatus de la historia

Una de las grandes cuestiones historiográficas contemporáneas es la adecuación entre el pasado y la representación que de ese pasado hacen los historiadores. Considerando la tinta que ha corrido durante varias décadas en relación con este tema, sobre todo como consecuencia del desafío que a la historia “tradicional” supusieron diversas corrientes (entre ellas la “historiografía posmoderna” de manera destacada) quizás sea más adecuado plantear esta cuestión como la *in-adecuación* entre dicho pasado y su representación.¹ En cualquier caso, como lo refiere Roger Chartier en un texto reciente, desde principios de la década de 1980 se puede hablar de una “crisis de la historia”, en la que la

correspondencia o, más bien, la falta de correspondencia, entre el pasado y el relato que los historiadores hacen de él constituye su punto modular.² Ahora bien, una de las razones que contribuyó a la magnitud de esta crisis fue la renuencia de no pocos historiadores a explicitar y justificar teóricamente su labor. Un buen ejemplo de esta postura es la del historiador inglés Geoffrey Elton, para quien, en sus propias palabras, ocuparse de cuestiones como la realidad del conocimiento histórico o la naturaleza del pensamiento histórico “only hinders the practice of history”.³

Una vez que el estado de crisis de la historia se hizo manifiesto, no pasó mucho tiempo para que empezaran a aparecer los *mea culpa* desde diferentes ámbitos de la historiografía occidental. Tres reconocidas historiadoras estadounidenses, por ejemplo, se expresaban así en un libro publicado originalmente en 1994: “Los historiógrafos somos parcialmente culpables de la confusión general respecto del sentido de la historia. Ha llegado el momento de explicar lo que hacemos, cómo lo hacemos y por qué vale la

¹ En palabras de uno de los cultivadores más conocidos de dicha historiografía: “Según la visión posmoderna, el centro de atención ya no es el pasado en sí, sino la incongruencia entre presente y pasado, entre el lenguaje que empleamos para hablar acerca del pasado y el pasado mismo”, F. R. Ankersmit, “Historiografía y posmodernismo”, en *Historia y topología*, México, FCE, 2004, p. 350. Se trata, en suma, del tema de la (potencial) objetividad de la historia o, planteado de otro modo, de la *búsqueda* de la historiografía por alcanzar un conocimiento objetivo. Conviene señalar que la “historia tradicional” o “historia convencional” es una expresión simplificadora, entre otros motivos porque sus cultivadores varían junto con las transformaciones historiográficas a las que nos referiremos en este artículo. Los principales contenidos de esta “historia tradicional” se harán explícitos en la medida en que avancemos.

² R. Chartier, *La historia o la lectura del tiempo*, Barcelona, Gedisa, 2007, p. 22. Como no es difícil inferir, esta crisis gira en gran medida alrededor del lenguaje (su naturaleza, sus alcances y sus limitaciones); no obstante su relevancia, por razones de espacio apenas aludiremos en este artículo a este amplísimo tema, del que nos ocuparemos específicamente en otro trabajo.

³ G. Elton, *The Practice of History*, Londres, Fontana, 1969, p. VII.

pena hacerlo”.⁴ Ocho años más tarde, en uno de los libros más sugerentes que se han escrito en los últimos años sobre el método histórico, John Lewis Gaddis escribe:

Nos espanta la idea de que nuestra escritura imite, por así decirlo, al diseño del Centro Pompidou de París, que pone con orgullo sus ascensores, tuberías y cables *fuera* del edificio, a la vista de todo el mundo. No cuestionamos la necesidad de esas estructuras, sino sólo el impulso a exhibirlas. Sin embargo, a menudo nuestra repugnancia a mostrar nuestra interioridad confunde a nuestros alumnos –y a veces a nosotros mismos– acerca de qué es exactamente lo que hacemos.⁵

La crisis de la historia está cerca de cumplir tres décadas y, sin embargo, parecería que los historiadores han aprendido a vivir “en estado crítico”. Esto se debe en parte a dos motivos que nos parecen casi opuestos. El primero es que la magnitud de la crisis fue exagerada por algunos autores (a quienes, obviando la diversidad de posturas, englobamos bajo la etiqueta de “posmodernos”).⁶ El segundo motivo es que un número considerable de historiadores han fingido ignorancia en cuanto a la magnitud del embate posmoderno y han preferido seguir haciendo su trabajo sin asumir que el oficio historiográfico no se debe, no se puede, seguir ejerciendo el día de hoy bajo los mismos supuestos bajo los que se ejercía hace cuatro décadas.

⁴ Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, *La verdad sobre la historia*, Barcelona, Andrés Bello, 1998, p. 20. Por cierto, esta preocupación viene de lejos, como lo refleja la cita que hace E. H. Carr de Herbert Butterfield en su clásico *What is History?*, Reading, Penguin Books, 1986, p. 19, que nos remonta a principios de la década de 1930. La inquietud se mantuvo a lo largo de todo el siglo, como lo prueba el prefacio de David Hackett Fischer a su libro *Historian's Fallacies (Toward a Logic of Historical Thought)*, Nueva York, Harper Torchbooks, 1970.

⁵ J. L. Gaddis, *El paisaje de la historia*, Barcelona, Anagrama, 2004, pp. 11-12 (la cursiva es del original); el subtítulo de este libro es *Cómo los historiadores representan el pasado* (la edición original es de 2002).

⁶ “Postmodernism is a convenient label; it is not an organized movement, nor does it amount to a coherent ideology, and remarks in the present work about postmodernism should not be taken as generalizations applying to every variant and every practitioner.” Esta aclaración, que no muchos historiadores se toman la molestia de hacer y que hacemos nuestra en el presente artículo, es de Richard J. Evans, *In Defense of History*, Nueva York, Norton, 2000, p. 222, nota 6.

La exageración mencionada por parte de algunos autores posmodernos alude al hecho de que los “buenos” historiadores siempre han sido conscientes de las enormes dificultades que implica la recuperación del pasado. Como ejemplo, cito unas palabras de Bernard Bailyn de principios de la década de 1990 (cuyo final es elocuente al respecto):

The accuracy and adequacy of representations of past actualities, the verisimilitude or closeness to fact of what is written about them remain the measure, in the end, of good history –this despite all the fashionable doubts that are raised about the attainment of absolute or perfect objectivity and accuracy (*which no one pretends to, anyway*).⁷

En otras palabras, algunos autores posmodernos pusieron en pie a un “hombre de paja” para poder golpearlo con mayor facilidad.⁸

En cuanto al segundo motivo, es relativamente fácil toparse aún con historiadores del mundo académico hispanoamericano que siguen escribiendo historia como si la historiografía occidental no hubiera vivido sobresalto alguno desde 1980. En otras palabras: historiadores sociales que siguen haciendo girar sus análisis en torno al concepto de clase de manera exclusiva, historiadores políticos que siguen ignorando los factores culturales (el lenguaje entre ellos) y se siguen cerrando a otras

⁷ B. Bailyn, *On the Teaching and Writing of History*, New Hampshire, University Press of New England, 1994, p. 8 (las cursivas son nuestras; la entrevista que dio origen a este libro fue hecha en 1991). Debemos añadir que la postura de Bailyn respecto a la objetividad histórica es algo más matizada en la actualidad, como se puede percibir en algunas de sus propuestas sobre la historia atlántica. Véase en concreto *Atlantic History (Concept and Contours)*, Cambridge, Harvard University Press, 2005.

⁸ Lo contrario también es cierto: no pocos autores “anti-posmodernos” redujeron la posmodernidad en su conjunto a sus posturas más radicales (las que afirman categóricamente la imposibilidad del conocimiento histórico y hacen de la historiografía una forma más de ficción). Esto tuvo dos consecuencias principales: facilitó la crítica al posmodernismo y evitó responder con argumentos a sus aspectos incisivos y pertinentes. En cuanto a la historia como literatura, el punto de partida de la discusión contemporánea es el libro *Metahistoria (La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX)* de Hayden White (1973). Treinta años más tarde, el propio White consideraba que toda su obra posterior no es más que una elaboración de los planteamientos que hizo en *Metahistoria*; véase la parte final del prefacio a su libro *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós, 2003.

disciplinas, o historiadores de las ideas que siguen considerando que la historia del pensamiento político es una sucesión de “grandes autores”, “grandes textos” y “grandes ideas”.

Ahora bien, en cierto sentido la expresión “crisis de la historia” no es ninguna exageración, pues se puede plantear que la búsqueda de la correspondencia entre los hechos del pasado y la descripción que los historiadores hacen de ellos en el presente (en su presente) es la esencia de la historia. Una búsqueda que, por lo demás, está condenada a fracasar, como se infiere de unas líneas bien conocidas de Michel de Certeau:

La *historiografía* (es decir, “historia” y “escritura”) lleva inscrita en su nombre propio la paradoja –y casi el oxímoron– de la relación de dos términos antinómicos: lo real y el discurso. Su trabajo es unirlos, y en las partes en que esa unión no puede ni pensarse, hacer *como* si los uniera.⁹

El tema es inagotable; en este apartado no haré más que rozar algunas de sus facetas; en el segundo, pondré en relación algunos aspectos de la “nueva historia” (en realidad, una sucesión de “nuevas historias”) con la historiografía que se ocupa actualmente de las revoluciones hispánicas (en particular, de los procesos emancipadores americanos).

Las críticas que pasan de largo entre los interlocutores del debate historiográfico de los últimos treinta años y las descalificaciones que con frecuencia lo caracterizan tienen una de sus raíces en que muchos historiadores sintieron amenazada su profesión (y su profesionalismo). Esta cuestión se vincula con otra que ha sido también determinante para que el debate sea menos fructífero de lo que pudo haber sido. Me refiero a que la puesta en entredicho de la labor historiográfica provino de cultivadores de otras áreas de las ciencias sociales o de historiadores con una fortísima veta teórica. Lo cual vino a envenenar más la discusión, por decirlo así, pues para algunos lo que ahora estaba en juego no era solamente el bastión de la objetividad histórica, sino también la fortaleza de la *praxis* histórica en su sentido más literal (*i.e.*, como una actividad contrapuesta a la teoría historiográfica).

⁹ *La escritura de la historia* (México: Universidad Iberoamericana, 1993), p. 13 (cursivas en el original); la cita es del prólogo que escribió De Certeau para la segunda edición.

Al respecto, en los últimos años han aparecido varios libros que muestran que la postura del historiador como alguien que se puede mantener inmune a la teoría es equivocada o, más aun, imposible de sostener. Mary Fulbrook, por ejemplo, escribe:

all history writing inevitably entails taking a stand on key theoretical issues, whether or not the historian is aware of these –and many practicing historians are not. There is no escape from having a theoretical position, whether explicit or implicit.¹⁰

Si Fulbrook tiene razón, y desde cierto punto de vista su aserto nos parece incuestionable, resulta aun más inexplicable la renuencia de algunos historiadores a explicitar sus presupuestos teóricos y a enmarcar teóricamente sus investigaciones. Por el mismo motivo, pretender establecer una división entre historiadores “prácticos” y “teóricos” no tiene mucho sentido; una pretensión que evidencia aun más su esterilidad si pensamos que la teoría tiene diversos niveles (filosofía de la historia, teoría historiográfica, modelos, conceptos), cuya pertinencia para el análisis histórico varía de acuerdo a los objetivos de cada historiador en cada uno de sus textos.

Existe otro aspecto que también ha contribuido a enturbiar el debate que nos ocupa, hasta convertirlo con demasiada frecuencia en un diálogo de sordos.¹¹ Nos referimos a la cuestión del lenguaje o, más concretamente, a

¹⁰ M. Fulbrook, *Historical Theory*, Londres, Routledge, 2002, p. ix. Pocos autores del siglo xx insistieron tanto en la importancia de la teoría para hacer historia o, más bien, en la imposibilidad de hacer historia sin hacer historiografía como Robin George Collingwood; véanse, particularmente, sus “Conferencias sobre filosofía de la historia”, en *Idea de la historia*, México, FCE, 2004, pp. 451-516. Collingwood murió en 1943, cuando la historiografía no era una sub-disciplina de la historia desde una perspectiva académico-institucional. No es el caso en la actualidad: el declive de la historia que hemos denominado “tradicional” (o mejor, de las “historias tradicionales”) a lo largo del siglo xx ha ido de la mano del ascenso de la teoría, lo que explica en buena medida el lugar que ocupa la historiografía en la academia occidental contemporánea.

¹¹ Un buen ejemplo de este tipo de “diálogo” es el que sostienen Richard Evans y Keith Jenkins; véase, del primero, *In Defense of History*, *op. cit.*, especialmente pp. 176-179, y, del segundo, el apartado “Sobre Richard Evans”, en *¿Por qué la historia? (Ética y posmodernidad)*, México, FCE, 2006, pp. 161-192.

la claridad del lenguaje. El hecho de que algunos de los más renombrados autores posmodernos se expresen de modo abstruso (por formación, afición, necesidad o inseguridad, o por una mezcla de estos elementos, imposible saberlo), determinó el surgimiento entre muchos historiadores de una actitud defensiva en cuanto a la utilización de un lenguaje complejo. Al respecto, cabe señalar que la tendencia de algunos historiadores a encerrarse en su disciplina contribuye a percibir como oscuros planteamientos que pueden no serlo vistos desde otros miradores disciplinarios.¹² En todo caso, el aislamiento de la historia y la actitud defensiva ante la teorización van de la mano, tal como se refleja en esta cita del célebre historiador alemán Reinhart Koselleck:

We can escape from our isolation only via a new relationship to other disciplines. This means that we must recognize our need for theory or, rather, face the necessity of doing theory if history still wants to conceive of itself as an academic discipline.¹³

El panorama sobre la historia que se desprende de los párrafos anteriores resulta abigarrado. En parte por la amplitud del tema y en parte por nuestra incapacidad para dar cuenta de todas las aristas y todos los matices, pero también porque ésa es la sensación que a menudo deja el debate bosquejado. Una sensación que, al menos parcialmente, es el resultado de las exageradas expectativas de algunos historiadores con respecto a la historia. En relación con este punto, conviene detenerse, aunque sea brevemente y para concluir este apartado, en un libro relativamente reciente del historiador Constantin

Fasolt titulado *The Limits of History*, pues constituye una vigorosa llamada de atención sobre las expectativas excesivas que muchos historiadores depositan en la historia.¹⁴ El libro resulta también interesante por su manera de problematizar la línea divisoria entre pasado/presente y por sus planteamientos sobre el vano intento de los historiadores por estudiar todo “en su contexto”.¹⁵ Como con cualquier otro texto, se puede no coincidir con Fasolt en múltiples aspectos (en nuestro caso, en uno muy importante: su cuasi identificación entre historia y política); sin embargo, resulta atractivo su énfasis en la futilidad de la discusión que hemos referido hasta aquí.¹⁶ Asimismo, nos parece digna de atención su insistencia en que el problema central de la historiografía actual no es que no haya ido suficientemente lejos, sino, al contrario, sus excesivas pretensiones:

history has constantly gone too far –too far in its ambitions and too far in its claims. History is burdened with tasks it cannot possibly fulfill [...]. Expecting history to reach the reality of the past is to allow oneself to be seduced by a mirage arising not from the past but from a historical imagination run amok.

En consecuencia, piensa Fasolt, si la historia quiere hacer bien lo que puede hacer bien, es imperativo afirmar sus límites. Así, para este

¹⁴ El libro fue publicado por la Universidad de Chicago en 2004 (Fasolt es profesor de historia en esa universidad).

¹⁵ Basta recordar el apartado final del capítulo 1 de *Apologie pour l'histoire (ou Métier d'historien)* de Marc Bloch (París, Armand Colin, 1997, pp. 57-66), para darse cuenta de que la cuestión sobre la (im)posibilidad de distinguir el presente del pasado es muy vieja (el texto de Bloch es de 1941); sin embargo, Fasolt la vincula directamente con la cuestión del anacronismo, con la “historia en su contexto” y con la politización del quehacer historiográfico de un modo que nos parece novedoso.

¹⁶ “The search for greater objectivity is bound to deepen history’s failure to tell the truth about the world of time; and pronouncing the impossibility of knowing anything at all is bound to reinforce old standards of objectivity; if only by conceding that knowledge does not qualify as real if it is not objective”, *ibid.*, p. 37. En cuanto a nuestro diferendo con Fasolt, creemos que exagera el carácter político que supuestamente tiene toda labor historiográfica cuando, por un lado, afirma que la conexión entre la historia y la política “is complete the moment [historians] turn their attention to the past” y, por otro, cuando afirma que estudiar historia “is to take a stand, to stake a claim, and to oppose real enemies” (*The Limits of History*, *op. cit.*, pp. xvi y 31). La cita que aparece enseguida dentro del texto es de la p. 40.

¹² Por lo demás, esta aclaración no implica defender el uso en las ciencias sociales de un lenguaje abstruso. Si algunos historiadores han exagerado la nota en cuanto a la falta de inteligibilidad de ciertos autores (“posmodernos”), cada uno de los lectores del presente artículo conoce ejemplos que muestran que, en ocasiones, el cargo de complejidad innecesaria (e incluso de regodeo en el uso de cierta jerga académica) es difícilmente rebatible.

¹³ R. Koselleck, “On the Need for Theory in the Discipline of History”, en *The Practice of Conceptual History*, Stanford, Stanford University Press, 2002, p. 1. Quizás valga la pena apuntar que los grandes renovadores de la historia del pensamiento político contemporáneo (pienso en Skinner y en el propio Koselleck), más allá de sus notables diferendos con la historia posmoderna, son muy conscientes de sus aportaciones a la historiografía actual.

autor, la salida al estancamiento en que se encuentra el debate historiográfico de las últimas décadas en la academia occidental sobre el estatus, el sentido y la finalidad de la historia pasa por circunscribir las pretensiones de la misma.¹⁷

II. La “nueva historia” y las revoluciones hispánicas

El adjetivo “nuevo” o “nueva” parece ejercer una enorme atracción sobre el gremio de los historiadores. Primero fue la “nueva historia” o “historia nueva”, luego la “nueva historia política” y actualmente no basta con hablar de la “historia cultural” a secas, sino que cada vez más nos topamos con la expresión “nueva historia cultural”.¹⁸ En cuanto a la “nueva historia”, la expresión puede rastrearse hasta principios del siglo xx, pero hoy se usa de diversas maneras.¹⁹ En ocasiones se emplea para referirse a la historiografía que ha surgido del embate posmoderno, pero con mayor frecuencia, dependiendo siempre del texto y del contexto, se utiliza para aludir a la reacción de los años

setenta contra el estructuralismo que caracterizaba tanto al marxismo como a la escuela de los *Annales*. Yendo más atrás, los representantes de esta última corriente historiográfica, iniciada por Lucien Febvre y Marc Bloch en la tercera década del siglo xx, representaron en su momento una “nueva historia” o “historia nueva”, que pretendía dejar atrás la historia exclusivamente política y *événementielle* que, dentro de la historiografía francesa de fines del siglo xix, representaba de modo paradigmático Charles Seignobos.²⁰

¿Cuáles son algunas de las características básicas de la “historia nueva”?²¹ En primer lugar, la nueva historia estudia prácticamente cualquier actividad humana, a diferencia de la historia tradicional, que se centra en el estudio de la política. En segundo lugar, los historiadores tradicionales piensan la historia, sobre todo, en términos de narración de acontecimientos, en la que los individuos tienen un peso inmediato y decisivo, mientras que la nueva historia presta más atención a las llamadas “estructuras” (geográficas, económicas, sociales). En tercer lugar, la historia tradicional presenta una visión “desde arriba” (básicamente, estadistas y militares de alta graduación), mientras que la nueva historia se interesa en la historia de individuos o grupos sociales de estratos sociales muy diversos, incluyendo a los más

¹⁷ Conviene apuntar, antes de pasar al apartado siguiente, que enfatizar los límites de la historia (*i.e.*, matizar sus pretensiones explicativas) está muy lejos de atentar contra el rigor que debe ser consustancial al trabajo historiográfico. Esto lo muestra, por lo demás, el análisis histórico que hace Fasolt en su libro de un autor poco conocido en la historia del pensamiento político occidental, Hermann Conring (1606-1681), de su obra *Discursus novus de imperatore Romano-Germanico* y de su compleja relación con la obra del pensador político medieval Bartolo de Sassoferrato.

¹⁸ Además de las dificultades para definir el concepto “cultura”, la historia cultural enfrenta otros problemas teóricos considerables, entre ellos la articulación entre prácticas y discursos. Pero no solamente éste, pues como señaló Johan Huizinga hace más de ochenta años, esta subdisciplina (la cual por momentos parece convertirse en la disciplina misma), se enfrenta de modo permanente a la “vaguedad de los problemas” y a la tendencia a que el detalle histórico-cultural se convierta en “curiosidad”. Por lo mismo, piensa Huizinga, los historiadores culturales deben ser especialmente cautelosos, en “Problemas de la historia de la cultura”, en *El concepto de la historia*, México, FCE, 2005, pp. 21-23.

¹⁹ De hecho, podemos volver hasta el siglo xviii, pues también se ha utilizado la expresión “nueva historia” para referirse a las transformaciones que sufrió la historiografía durante la Ilustración. En este caso, los nombres con quienes se asocia esta transformación son Voltaire y el ilustrado escocés John Millar (aunque, en realidad, fueron varios los ilustrados escoceses que revolucionaron la historiografía de su tiempo; entre ellos David Hume y William Robertson).

²⁰ Seignobos (1854-1942), un seguidor de la escuela rankeana (no tanto seguidor de Ranke, cuyos intereses iban mucho más allá de la política), es el co autor, junto con Charles Victor Langlois, de la muy leída (en su tiempo) *Introduction aux études historiques*, publicada en 1897 (existe versión en español: *Introducción a los estudios históricos*, Buenos Aires, La Pléyade, 1972). También en 1897, Seignobos publicó *Histoire politique de l'Europe contemporaine*. Sobre la “nueva historia”, véase el capítulo “L’histoire nouvelle”, redactado por Jacques Le Goff, en el libro-diccionario *La nouvelle histoire* (París, CEPL, 1978), J. Le Goff, R. Chartier y J. Revel (dirs.), pp. 210-241 (en esta obra colaboraron más de cuarenta historiadores que desarrollaron su trabajo bajo el impulso de los *Annales*; entre ellos Ariès, De Certeau, Furet, Hartog y Vovelle).

²¹ Tomando en cuenta el apartado anterior, para responder a esta pregunta seguiremos los tres primeros puntos de la clasificación que hace Peter Burke en su artículo “Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro”, en Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Editorial, 1999, pp. 14-19. Esta clasificación, que consta de siete puntos (aunque el último no está numerado en esta edición), tiene fines didácticos, por lo que ignora o pone entre paréntesis múltiples matices y excepciones; de hecho, Burke empalma varias “nuevas historias” dentro de su listado.

desfavorecidos (de donde surge la “historia desde abajo”, que tiende a confundirse con los estudios subalternos). Por último, otra característica de la nueva historia es su enorme diversidad (en los objetos de estudio, en las preguntas a las que cada subdisciplina histórica intenta responder y en los enfoques utilizados por cada una de ellas); una diversidad detrás de la cual se esconde siempre una insatisfacción con la historia tradicional:

The history of women and gender, labor history, the history of persecuted and oppressed minorities (religious, sexual, ethnic), the history of popular culture, the history of everyday life, microhistory, world history and global history, the history of political culture, critical cultural studies –all of these are motivated by similarly deeply justified frustrations with the exclusions practiced by “conventional” history.²²

Las relaciones entre las transformaciones historiográficas del último medio siglo en la academia occidental y la historiografía actual sobre las revoluciones hispánicas distan de ser directas; la evolución de cada una ha respondido a *tempos* muy distintos. Sin embargo, es posible ubicar, en un solo autor, una clara confluencia entre ambas. Me refiero a François-Xavier Guerra, quien, no por casualidad, es el autor que más ha contribuido a renovar el estudio de dichas revoluciones. En algún momento, la “restauración” de la historia política fue para él uno de sus *leitmotiv*:

Esta restauración es necesaria después de los cambios irreversibles que introdujeron en la manera de hacer historia, tanto la escuela de los *Annales* como la “nueva historia”. Con ellas desaparecieron los actores políticos de la historia clásica, sin que aparecieran de hecho nuevos actores adaptados a la explicación de lo político. [...] Perdimos entonces la historia política, ya que las estructuras tienen una inercia y unos ritmos de transformación que se adaptan mal a la variabilidad de lo político, y más aun en América

Latina en que [*sic*, por “donde”] la vida política está llena de turbulencias.²³

Ahora bien, la historia política de Guerra es, como él mismo lo expresa, una historia posterior a los *Annales* y a la “nueva historia”, es decir, una historia política mucho más amplia, mucho más compleja, mucho más social y mucho más cultural que la historia política convencional, lo que contribuye notablemente a explicar la riqueza y diversidad de las vetas de investigación que abrió su obra. La convergencia en Guerra de diversas corrientes historiográficas, la mixtura en todos sus escritos entre historia “propia” política e historia cultural, su considerable trabajo de archivo y, por último, su manera permanente de enmarcar este trabajo dentro de marcos teóricos sofisticados dieron como resultado una obra que, pese a haber quedado trunca a causa de su prematura muerte en noviembre de 2002, es sin duda la más influyente sobre la historiografía que se ocupa actualmente de las revoluciones hispánicas. Está de más mencionar que la obra de Guerra tiene aspectos discutibles (ciertos aspectos muy discutibles), algunos de ellos ubicados en el corazón de su propuesta interpretativa (entre ellos, destacadamente, su empleo del concepto “modernidad”). Sin embargo, cabe señalar que algunas de las “reflexiones críticas” que han aparecido en los últimos años sobre su obra nos parecen todavía más discutibles.²⁴

²³ “Lugares, formas y ritmos de la política moderna”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), tomo LXXII, No. 285, enero-marzo 1989, p. 7. Para darse una idea de la amplitud de la obra de Guerra y de su influencia en la historiografía latinoamericana contemporánea, véase el libro-homenaje *Conceptualizar lo que se ve: François-Xavier Guerra, historiador*, Erika Pani y Alicia Salmerón (coords.), México, Instituto Mora, 2004.

²⁴ Como ejemplo, véase el artículo “Guerra, revolución y liberalismo en México, 1808-1835”, firmado por Manuel Chust y José Antonio Serrano. En el apartado dedicado a la obra de François (*sic*, pues, como se puede comprobar al revisar el texto, no se trata de una errata) Xavier-Guerra, los autores afirman que para el historiador franco-español “la independencia [hispanoamericana] fue producto de un cambio cultural que provocó prácticas políticas del Antiguo Régimen que los liberales adaptaron, o viceversa” (p. 154). Afirmación cuyo final nos resulta ininteligible y que, en todo caso, es incorrecta. Un poco más adelante, Chust y Serrano escriben lo siguiente sobre lo que hay y no hay en la obra de Guerra: “En los escritos de Guerra no se encontrarán conflictos sociales, propuestas del individualismo posesivo, ni siquiera raíces intelectuales del individualismo sino tradiciones neoescolásticas y de pensadores del Setecientos” (p. 155). Los

²² Fasolt, *The Limits of History*, op. cit., p. 35. En principio, esta proliferación de sub-áreas dentro de la disciplina histórica debiera ser siempre bienvenida, si no fuera porque con demasiada frecuencia las recién llegadas, en lugar de concebirse como complementarias, intentan tomar el lugar de las ya existentes (empleando una buena dosis de descalificación).

Por supuesto, Guerra no es la única razón que explica la especie de auge que vive actualmente la historiografía sobre dichas revoluciones. Además de otras contribuciones, entre las que destacan la de Jaime Rodríguez, historiador de la Universidad de California, Estados Unidos, y, en menor medida, la de Antonio Annino, académico del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), México, se puede señalar, siguiendo a Guillermo Palacios, la influencia que sobre la historiografía de América Latina tuvo la ingente producción académica surgida de la conmemoración del bicentenario de la Revolución Francesa y, en el plano de la política práctica, los cambios políticos que tuvieron lugar en la región a partir de 1980, que trajeron consigo el fin de las dictaduras militares y el surgimiento de un subcontinente en el que los regímenes democráticos se convirtieron en la regla (con la consabida excepción cubana).²⁵ En cuanto al período de las revoluciones hispánicas, cabe añadir que este período tuvo como objetivo central de las diversas partes involucradas la autodeterminación (incluido el caso de la península ibérica, en este caso respecto al invasor francés), que constituye un objetivo político por excelencia.²⁶

autores rematan su valoración de la obra de Guerra con el aserto siguiente: “Por último, es de destacar la escasa repercusión de los escritos de Guerra en la historiografía española” (p. 155). Aseveración que resulta increíble en un artículo sobre el período de las revoluciones liberales en el mundo hispánico. La colaboración Chust-Serrano es parte del libro *Bastillas, cetros y blasones (la independencia en Iberoamérica)*, Ivana Frasquet (coord.), Madrid, Mapfre, 2006.

²⁵ G. Palacios, “Introducción: entre una ‘nueva historia’ y una ‘nueva historiografía’ para la historia política de América Latina en el siglo XIX”, en Guillermo Palacios (coord.), *Ensayos sobre la nueva historia política de América Latina, siglo XIX*, México, El Colegio de México, 2007, p. 14.

²⁶ Esta aseveración no ignora el carácter determinante que en cierto sentido tuvo la faceta bélica del período emancipador. Las batallas emancipadoras, sin embargo, pese a toda su importancia, no son más que medios para conseguir un objetivo final, que es de naturaleza esencialmente política y que, por definición, busca e implica terminar con la guerra como medio para dirimir las diferencias (tanto con el enemigo exterior como entre los grupos internos). El carácter esencialmente político del período es lo que explica, en buena medida, que Javier Fernández Sebastián haya escogido cuatro textos que se enmarcan dentro de la historia política como lo mejor que la historiografía contemporánea ha producido en torno a Cádiz, el primer liberalismo español y la América hispana, a saber: *Los orígenes de la España contemporánea*, de Miguel Artola (1959), *La teoría del Estado en los orígenes del constitucionalismo histórico*, de Joaquín Varela Suanzes (1983), *Modernidad e independencias*, de Guerra (1992) y,

Como ya se mencionó, Guerra fue un historiador para quien el trabajo de archivo era inseparable de marcos explicativos amplios y de propuestas teóricas que le permitían ordenar, tamizar y priorizar la información acumulada. A diferencia de algunos de los estudiosos actuales de la historia decimonónica de América Latina, Guerra no temía a las elaboraciones teórico-metodológicas. Las posibilidades que elaboraciones de este tipo abren para el estudio de las revoluciones hispánicas quedan claramente de manifiesto en la obra de dos estudiosos que, más allá de los desacuerdos que podamos tener con ellos, han contribuido notablemente a que estas revoluciones se estén convirtiendo en un campo muy dinámico en la academia occidental contemporánea.²⁷ Me refiero a Javier Fernández Sebastián, de la Universidad del País Vasco, España, y a Elías Palti, de la Universidad de Quilmes, Argentina. De la pluma de Fernández Sebastián en el caso de la historia conceptual y de la de Palti en lo que respecta a la historia de los lenguajes políticos, están surgiendo nuevas vías de análisis para acercarse a las revoluciones hispánicas (y, por supuesto, al resto de la historia, tanto española como americana). Estos enfoques han puesto sobre la mesa facetas que habían sido prácticamente ignoradas en el mundo académico hispanoamericano o, peor aun, tratadas con gran despreocupación (por ejemplo, el uso riguroso de las categorías históricas o el cuidado ante la descontextualización, sobre todo de índole conceptual o lingüística, pero no solamente).²⁸

por último, *Revolución de nación* (2000), de José María Portillo Valdés. “Cádiz y el primer liberalismo español. Sinopsis historiográfica y reflexiones sobre el bicentenario”, José Álvarez Junco y Javier Moreno Luzón (eds.), en *La Constitución de Cádiz: historiografía y conmemoración (Homenaje a Francisco Tomás y Valiente)*, Madrid, CEPC, 2006, p. 40. Esta sinopsis historiográfica la escribió Fernández Sebastián en 2005, un año antes de que apareciera otro libro de Portillo Valdés, *Crisis atlántica: autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispánica* (Madrid, Marcial Pons, 2006), que yo incluiría en la lista.

²⁷ Expongo y desarrollo los desacuerdos aludidos en la segunda parte de mi ensayo “Las conmemoraciones de los bicentenarios y el liberalismo hispánico: ¿historia intelectual o historia intelectualizada?”, *Ayer*, 69, 2008 (1).

²⁸ Como introducción general a estas dos corrientes historiográficas, coincidentes en varios puntos importantes pero con perspectivas distintas (incluso opuestas) en otros, recomendamos, de Fernández Sebastián, su introducción al *Diccionario político y social del siglo XIX español*, editado por él mismo y por Juan Francisco Fuentes (Madrid, Alianza

Ante los frutos evidentes que enfoques de naturaleza eminentemente teórica están dando para acercarse a las revoluciones hispánicas, resultan inexplicables las posturas que sobre ellos sostienen actualmente algunos autores, quienes no sólo reniegan de la teoría de diversas maneras, sino que también lamentan lo que consideran una invasión de la historia por parte de otras ciencias sociales.²⁹ Respecto a este último punto, son muchos los historiadores que, como señalamos en el apartado anterior, han insistido en la necesidad de la historia de nutrirse de otras disciplinas. En el caso de Chartier, este autor plantea que una de las exigencias fundamentales que deben caracterizar el trabajo de todo historiador es obligar a la historia a dialogar con otras ramas del conocimiento: “Es solamente por medio de estos encuentros que la disciplina [histórica] puede inventar nuevas cuestiones y forjar instrumentos de comprensión más rigurosos”.³⁰ Más allá de la intensidad de este diálogo, cuesta trabajo pensar qué pueden perder los historiadores por decidirse a entablarlo.

Volvemos ahora a una cuestión apenas mencionada en el apartado anterior: la primacía de las estructuras, que imperó en la historiografía

occidental durante varias décadas. Esta primacía tuvo profundas consecuencias sobre la labor y la interpretación historiográficas; entre ellas, la principal es la pérdida de entidad de las acciones individuales y, en última instancia, de la libertad individual. Fuera del ámbito marxista, una de las formulaciones más conocidas al respecto es la de Fernand Braudel en la conclusión de su celeberrimo libro sobre el Mediterráneo durante la segunda mitad del siglo xvi.³¹ Para este autor, la estrechez de los límites dentro de los que se mueven los hombres no implica negar el papel del individuo en la historia. Desde su punto de vista, el gran hombre de acción es el que evalúa lo limitado de sus posibilidades y aprovecha lo inevitable para lograr sus propósitos. Al final del día, la *longue durée* siempre termina imponiéndose, lo que limita no sólo la libertad de los hombres, sino también la parte que el azar juega en la historia.³²

Como he señalado en otro lugar, a cualquiera que estudie los procesos emancipadores americanos no puede dejar de llamarle la atención la estrechez de los límites dentro de los que se movieron los llamados “próceres”.³³ Desde Miranda, conocido por la historiografía como *El Precursor*, hasta San Martín, pasando por Bolívar, Sucre, Artigas, O’Higgins, Moreno, Monteagudo o Iturbide (la lista podría extenderse), la sensación que dejan estos protagonistas de las emancipaciones americanas es la de una capacidad muy limitada para ejercer influjo sobre los acontecimientos políticos (salvo, claro está, en su sentido más inmediato; de lo contrario, no serían considerados “próceres”).

Editorial, 2003) y su ensayo “Política antigua/Política moderna (Una perspectiva histórico conceptual)”, incluido en Jean-Philippe Louis (coord.), *La naissance de la politique moderne en Espagne*, Madrid, Casa de Velázquez, 2005, nueva serie, 35/1. De Palti, véase su introducción al libro *La invención de una legitimidad (Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo xix; un estudio sobre las formas del discurso político)*, México, FCE, 2005, así como *El tiempo de la política (El siglo xix reconsiderado)*, Buenos Aires, Siglo xxi Editores, 2007, especialmente el prólogo y la introducción.

²⁹ Un caso conspicuo en este sentido es el de Manuel Chust, pero idénticos planteamientos se pueden encontrar en Ivana Frasset, ambos historiadores de la Universidad Jaume I (provincia de Castellón, España). Chust, un autor asombrosamente prolífico, carece, sin embargo, del más mínimo rigor teórico y, lo que es tal vez más grave, emplea una prosa confusa y vacua. Como “muestra representativa” de todo lo anterior, léase el primer apartado de su artículo “Cuestión federal, cuestión republicana: México años veinte”, al que ampulosamente titula “Esplendor y decadencia después de Berlín y Pocock” (*sic*, pues una vez más, no se trata de una errata), en Raúl Navarro García (comp.), *Insurgencia y republicanismo*, Sevilla, csic/Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 2006, pp. 153-156.

³⁰ R. Chartier, *Au bord de la falaise (L’histoire entre certitudes et inquiétude)*, París, Albin Michel, 1998, p. 19. Sobre los nocivos efectos de la especialización y la “compartimentalización” académicas, Febvre escribió una breve y elocuente misiva: “Contra el espíritu de especialidad (una carta de 1933)”, en *Combates por la historia*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1993, pp. 159-163.

³¹ Cabe señalar que ni los predecesores de Braudel (Bloch y Febvre), ni muchos de sus “sucesores” (Le Roy Ladurie, Ariès, Duby, Le Goff ni, por supuesto, Furet) daban a las estructuras el peso ingente que él les otorgaba. En cuanto a la magnitud de la influencia historiográfica de Braudel, basta citar a Peter Burke, quien afirma que durante el siglo xx ningún historiador contribuyó más que él “a cambiar nuestras nociones de tiempo y espacio”, en *La revolución historiográfica francesa*, Barcelona, Gedisa, 1993, p. 46. Para un análisis más detenido de la obra braudeliiana, véase el capítulo ii de François Dosse, *La historia en migajas*, México, Universidad Iberoamericana, 2006, pp. 97-155.

³² *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l’époque de Philippe II*, París, Armand Colin, 1990, vol. ii, pp. 519-520.

³³ Me refiero a un par de menciones que hice en mi libro *El primer liberalismo español y los procesos americanos de emancipación de América, 1808-1824 (Una revisión historiográfica del liberalismo hispánico)*, México, El Colegio de México, 2006, pp. 63 y 353.

Esta falta de capacidad se tradujo en una ausencia de continuidad institucional (en su sentido más amplio), en una imposibilidad por crear una estabilidad (por mínima que fuese) o, salvo excepciones, en la inexistencia de una herencia política que no fuera puramente retórica. Esto no implica, por cierto, pretender reducir el valor y/o la importancia de las acciones que todos y cada uno de estos hombres llevaron a cabo en un momento histórico en el que las adversidades que enfrentaron eran enormes (empezando por las geográficas) o ignorar que su contexto era el de una guerra en contra de un imperio (por débil que fuese en términos relativos o por debilitado que estuviera a causa de la invasión napoleónica). Sin embargo, en lo que concierne a la libertad individual y a la capacidad de los individuos para incidir sobre su entorno (concretamente sobre la evolución política de su territorio/país), creemos que las trayectorias vitales de estos “protagonistas” de los procesos emancipadores son reveladoras. Todos ellos, en algún momento de sus vidas, parecían estar dotados de la capacidad y disponer de las herramientas para incidir sobre su circunstancia política y sobre sus respectivas sociedades. No obstante, se desdibujaron con tal rapidez o de tal manera del escenario político y concluyeron sus vidas de tal modo que, siguiendo con nuestro símil teatral, se podría plantear que el escenario se convirtió en el único verdadero protagonista de los procesos americanos de emancipación y de la primera post-independencia.³⁴

³⁴ Por supuesto, otros procesos revolucionarios no son muy distintos en el altísimo porcentaje de “bajas” que se dan en el camino, así como en la cantidad de proyectos frustrados. Sin embargo, por poner un ejemplo, creo que la trayectoria política de casi todos los llamados “padres fundadores” de los Estados Unidos es elocuente respecto a esta cuestión. Entre la inagotable bibliografía sobre este grupo de líderes, destaco sólo dos títulos: Joseph J. Ellis, *Founding Brothers (The Revolutionary Generation)*, Nueva York, Vintage Books, 2002, cuyo prefacio, por cierto, contiene planteamientos teórico-metodológicos muy interesantes) y *Revolutionary Characters (What Made the Founders Different)* del célebre historiador estadounidense Gordon S. Wood (Nueva York, Penguin Press, 2006); cabe apuntar que Wood acaba de publicar una recopilación de sus reflexiones historiográficas: *The Purpose of the Past: Reflections on the Uses of History*. En cuanto al cargo de descontextualización histórica que se me puede hacer, no ignoro las enormes diferencias sociales y culturales que existían entre las Trece Colonias y las sociedades hispanoamericanas; no obstante, me parece que vale la pena reflexionar sobre el flagrante contraste que, más allá de la

La cuestión no merecería demasiada atención en el contexto de este artículo si no fuera por el papel, la influencia y la proyección que buena parte de la historiografía actual pretende otorgarle a algunos de estos personajes; una postura que, desde nuestro punto de vista, constituye una especie de negación del peso que estructuras de diverso tipo ejercieron sobre los procesos emancipadores (y sobre los primeros lustros de vida independiente). Tomo como ejemplo un libro publicado hace poco más de un lustro, cuyo título es *Francisco de Miranda y la modernidad de América*. No está de más apuntar que este libro forma parte de una colección titulada “Prisma Histórico (Viejos documentos, nuevas lecturas)”, la cual, según se puede leer en el preámbulo, “pretende fomentar y, sobre todo, difundir una interpretación renovada de algunos textos de especial relevancia para el entendimiento de los procesos históricos que desembocaron en la independencia de las naciones iberoamericanas”. En los párrafos siguientes, me detendré en la introducción, escrita por Michael Zeuske, quien también es el responsable de la selección de los once documentos que integran el libro en cuestión.³⁵

La elección del escrito de Zeuske se justifica no solamente por la importancia de Miranda dentro del contexto de las revoluciones hispánicas, sino también, y sobre todo, porque creemos que refleja muy bien una tendencia actual de la historiografía que se ocupa de las emancipaciones americanas a enfatizar los aspectos modernos, liberales, republicanos, cívicos y hasta democráticos de los líderes de las independencias hispanoamericanas, de los procesos emancipadores mismos y de la historia de la América hispana durante buena parte del siglo XIX. Esta tendencia es en buena medida una reacción a la historiografía culturalista y economicista que desde aproximadamente la

obtención de la independencia, existe entre los “próceres hispanoamericanos” y los “padres fundadores” en cuanto a sus avatares políticos y a sus logros en el ámbito público.

³⁵ *Francisco de Miranda y la modernidad de América*, Madrid, Fundación Mapfre Tavera/Doce Calles/SECIB, 2004. La introducción, bien documentada y bien escrita, comprende las páginas 13-58. En cuanto a lo primero, sin embargo, se echa de menos alguna mención, aunque fuera incidental, a la que, hasta donde sabemos, es la última biografía integral que se ha escrito sobre Miranda: *Francisco de Miranda (A Transatlantic Life in the Age of Revolution)* de la historiadora canadiense Karen Racine (Willmington, SR Books, 2003).

década de 1970 planteó lo que podríamos denominar “la imposibilidad histórica del liberalismo latinoamericano”. Como toda reacción, ésta también ha exagerado la nota y, en consecuencia, la historia política decimonónica parece ser cada vez más moderna, más liberal, más republicana, más cívica y más democrática.³⁶

De entrada, conviene reparar en el título de la obra que nos ocupa, *Francisco de Miranda y la modernidad de América*, pues refleja, a nuestro parecer, ese “voluntarismo historiográfico” que caracteriza a no pocos de los historiadores que actualmente estudian los procesos emancipadores y el resto de la historia política decimonónica de lo que ahora denominamos “América Latina” (un voluntarismo que las conmemoraciones bicentenarias, en las que nos encontramos inmersos, no han hecho más que reforzar). Se trata de una “búsqueda premeditada” de modernidades de todo tipo en la historia de la región; una búsqueda en la que la idealización del liberalismo juega un destacado papel y que, inevitablemente, cae en una serie de simplificaciones, tergiversaciones y teleologismos.³⁷

³⁶ Como ejemplos de estos intentos, cabe mencionar el “liberalismo popular” que plantea Antonio Annino, la “tradición republicana del buen gobierno” que propugna Alicia Hernández o la “democracia cívica” que, según Carlos Forment, caracterizó a las sociedades mexicana y peruana durante todo el siglo XIX. Véanse, respectivamente, “Nuevas perspectivas para una vieja pregunta”, en *El primer liberalismo mexicano 1808-1835*, México, INAH/Porrúa, 1995; *La tradición republicana del buen gobierno*, México, FCE/El Colegio de México, 1999 y *Democracy in Latin America, 1760-1900* (vol. 1: *Civic Selfhood and Public Life in Mexico and Peru*), Chicago, The University of Chicago Press, 2003. Mis reservas frente a estas propuestas las expuse en *El primer liberalismo español y los procesos de emancipación de América*, op. cit., pp. 509-522 y 538.

³⁷ A este respecto, véase el libro que abre la colección de la que el texto de Miranda que comentamos constituye el segundo volumen: *Premoniciones de la independencia de Iberoamérica*, Madrid, Fundación Mapfre Tavera/Doce Calles/SECIB, 2003. El libro, cuyo título nos parece sintomático, consta de la célebre “Representación” del intendente José de Ábalos (1781) y del aun más célebre “Dictamen” del Conde de Aranda (1783). En lo que respecta al carácter teleológico que mencionamos en el texto, léanse las líneas finales de la introducción, escrita por Manuel Lucena, quien, después de referirse al intento implícito en la Constitución de Cádiz por mantener a América como parte de una monarquía constitucional que abarcaba ambos lados del Atlántico, concluye: “Era ya, sin embargo, demasiado tarde, porque como Ábalos y Aranda habían previsto, la libertad del Nuevo Mundo no podía esperar por más tiempo” (p. 29, las cursivas son nuestras). Señalamos, de paso, que en la introducción de Lucena hay una sola alusión (en la nota 30) a

En el caso de la introducción de Zeuske y en relación con esa aparente incapacidad de los próceres americanos de incidir sobre su entorno *político*, llama la atención que una biografía llena de fracasos (tanto vitales como políticos) y cuyo protagonista tenía un ideario más bien confuso (aunque esto es secundario) sea presentada como la vida de un hombre cuyas ideas “tuvieron un cierto éxito”.³⁸ Según Zeuske, Miranda fue el primer político iberoamericano “preocupado por la construcción de espacios míticos” (adjudicándole a esta preocupación una trascendencia que no alcanzamos a comprender), que marcó la cultura militar de la independencia (“y, con ella la modernidad de Venezuela y América Latina hasta hoy”) y que, además, predicó una modernidad “que es una tarea pendiente” (pues, aclara el autor, “aún no hemos entrado en la postmodernidad”).³⁹

En la parte final de su introducción, Zeuske afirma que “el gran legado” de Miranda fue su “ideario continental” e incluye “entre las importantes herencias mirandinas”, la idea de que el continente americano, “con independencia de sus formas políticas concretas, debe ser regido por una constitución liberal ‘global’ (más bien ‘occidental’), pero por criollos ubicados en la tradición europea”.⁴⁰ Se trata de una conclusión preliminar que no alcanzamos a entender del todo, pero que, en cualquier caso, no se desprende de los textos incluidos en la antología, sobre todo en lo que se refiere al liberalismo. Esto se debe, en parte, a la concepción del liberalismo mirandino que tiene Zeuske, quien lo fundamenta en el hecho de que *El Precursor* era “partidario de la violencia organizada en ejércitos como mecanismos de influencia política”.⁴¹ Los textos de Miranda incluidos en

la posibilidad (que para algunos historiadores es casi una certeza) de que el Conde de Aranda no haya sido el autor del dictamen de marras.

³⁸ M. Zeuske, “Introducción”, cit., p. 41. “[...] por lo menos –añade inmediatamente Zeuske– en lo referente a la profesionalización militar y el sentido de la americanidad de muchos criollos”. Añadido que nos resulta discutible en más de un sentido.

³⁹ *Ibid.*, pp. 41 y 46.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 48.

⁴¹ *Ibid.*, p. 13. Zeuske vuelve a esta idea en la página 19, cuando se refiere a la “socialización militar” como una cualidad esencial del liberalismo de Miranda (en contraposición al civilismo de Humboldt). En esa misma página, sin embargo, Zeuske define el liberalismo de manera más general (y, en nuestra opinión, bastante más acertada),

esta selección revelan a un hombre de acción muy ocupado en convencer a la Gran Bretaña y a los Estados Unidos de que lo apoyaran en su intento por independizar a la América hispana (un apoyo que nunca se materializaría). En cuanto a su pensamiento político, es verdad que contenía algunos elementos que podríamos considerar “liberales”, pero también lo es que el interés de Miranda por las libertades individuales era bastante limitado, por lo que (como siempre en casos así, que son los más) su liberalismo debe ser matizado y contextualizado.⁴² Zeuske pone punto final a su introducción del siguiente modo: “Esta es la herencia ‘latina’ de Francisco de Miranda, un proyecto que quizá en la actualidad esté llegando a su fin, producto de las relaciones entre lo ‘local’ y lo ‘global’ que dan paso a una América ‘no-latina’, meramente mestiza, con nuevas construcciones y tradiciones”.⁴³

* * *

La historiografía sobre las revoluciones hispánicas ha dado un salto cualitativo (y cuantitativo) en los últimos veinte años. En este salto, la nueva historia política constituye sin duda uno de los resortes centrales y, en esa medida, la historia cultural ocupa un lugar cada vez más importante. Entre las subdisciplinas históricas que actualmente gozan de mayor predicamento para estudiar dichas revoluciones se cuenta una que con frecuencia parece ser un avatar de la historia

cultural (aunque a veces parece fundirse con ella). Nos referimos a la llamada “historia desde abajo”, una subdisciplina que, por su naturaleza, enfrenta notables dificultades metodológicas.⁴⁴ En otras áreas, pienso sobre todo en la historia intelectual, las transformaciones han sido más lentas: no obstante, como señalamos, también en este ámbito historiográfico los cambios empiezan a ser perceptibles y a repercutir sobre nuestra manera de acercarnos a las revoluciones hispánicas.

Perderle el miedo a la teoría (lo que no implica, por cierto, convertirla en protagonista) y, en consecuencia, abrirse a otras disciplinas, no es tanto una opción como un imperativo si el objetivo es una historiografía que intente dar respuestas nuevas y novedosas a procesos históricos que están cumpliendo doscientos años (nada menos). En este intento, nos parece importante no perder de vista que la historia, más que una disciplina propiamente dicha, es una perspectiva epistemológica que busca entender y explicar el pasado de manera rigurosa.⁴⁵ Por el mismo motivo, vincularse exclusivamente con una sola metodología histórica tiene más riesgos que ventajas. Asimismo, en buena lógica con lo expresado al final del primer apartado, dicha búsqueda debe atemperarse con una conciencia

cuando escribe que se trata, básicamente, de dos cosas: “libertad individual y participación en los asuntos del Estado”.

⁴² Como ejemplo de la falta de interés mencionada en el texto, véase la primera parte del documento iv (“Proyecto constitucional para Hispanoamérica”, pp. 131-136); este escrito es considerado por Zeuske, junto con el viii, como “lo más relevante” del pensamiento de Miranda (*ibid.*, p. 14). En el caso del documento viii (“Proyectos de gobierno provisorio y gobierno federal”, pp. 177-186), Miranda no dice nada expresamente sobre las libertades o los derechos individuales, pero menciona tres medidas que, afirma, deberán ser aplicadas *ipso facto*: la abolición de las tasas o impuestos personales, la reducción de los derechos comerciales y la supresión de la Inquisición. Además, en este último punto Miranda señala que la tolerancia religiosa debe ser permitida (p. 178). Puestos a buscar elementos “modernos” en *El Precursor*, creemos que esta tolerancia, en la que Zeuske no se detiene, es un punto que valdría la pena destacar (entre otros motivos porque nos parece que en este aspecto Miranda era muy original en el contexto hispanoamericano).

⁴³ M. Zeuske, “Introducción”, cit., p. 48.

⁴⁴ Como muestra “ejemplar” del modo en que algunos historiadores descalifican la historia desde abajo (y todo lo que no responda a su visión de cómo debe pensarse y escribirse la historia en la actualidad), véase la reseña de Alan Knight al libro *La otra rebelión*, de Eric Van Young (“Eric Van Young, *The Other Rebellion* y la historiografía mexicana”, *Historia Mexicana*, vol. LIV, No. 2, 2004, pp. 445-515). La bien argumentada réplica de Van Young se titula “Réplica de aves y estatuas: respuesta a Alan Knight” (*ibid.*, pp. 517-573). El intercambio entre estos dos reputados historiadores resulta muy interesante (y muy revelador) sobre varios de los temas que hemos tocado en este artículo. El Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México lo publicó en forma de libro (casi un folleto, 96 pp.) con el título *En torno a La otra rebelión* (2007). Cabe señalar que el libro de Van Young *La otra rebelión (La lucha por la independencia de México, 1810-1821)* es el más importante que se ha escrito en mucho tiempo sobre el proceso emancipador novohispano.

⁴⁵ Pese a la dilatada duración de la crisis de la historia y a la intensidad (real o supuesta) del embate posmoderno, ciertos “criterios de plausibilidad” no sólo persisten en la comunidad historiográfica de Occidente, sino que se mantienen en buen estado de salud (por decirlo de algún modo), lo que nos permite ser optimistas en cuanto al futuro de la perspectiva mencionada en el texto. Georg G. Iggers emplea la expresión entrecomillada en su libro *Historiography in the Twentieth Century (From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge)*, Middletown, Wesleyan University Press, 2005, p. 145.

que nos mantenga alertas en cuanto a los límites de la historia. De un modo que resulta un tanto paradójico, esta conciencia debería impulsar a los historiadores y a todos los que nos ocupamos de cuestiones históricas a ser más cuidadosos al desempeñar nuestra labor intelectual, pues es claro que, dentro de los límites aludidos, es mucho el camino que se puede andar. Pero no

sólo por esta razón, sino también porque, retomando la sugerente imagen que utilizó alguna vez un Michel (De Certeau) para referirse a cierto aspecto que le parecía encomiable de la obra de otro Michel (Foucault), la historia, tal como se practica hoy en buena parte de la academia occidental, nos lleva indefectiblemente a caminar “al borde del precipicio”. □